

Pequeña antología de textos de narrativa del siglo XX

NOTA: las palabras o expresiones de difícil comprensión quedan aclaradas entre corchetes en cada caso.

Texto 1

Emilia, que estaba sentada junto a Fiameta, habiendo sido ya alabado por todas el valor y la cortés reprensión[reproche, regañina] hecha por la marquesa al rey de Francia, como agradó a su reina, comenzó a decir con animosa franqueza:

-Yo tampoco callaré una lección que dio un buen hombre laico a un religioso avaro con una agudeza no menos divertida que digna de loa.[alabanza]

Hubo, pues, queridos jóvenes, no hace mucho tiempo en nuestra ciudad un fraile menor, inquisidor de la depravación herética que, por mucho que se ingeniase en parecer santo y tierno amante de la fe cristiana (como todos hacen), no era menos buen investigador de quien tenía la bolsa llena que de quien sintiera tibieza en la fe. Y llevado por su solicitud encontró por acaso un buen hombre, bastante más rico en dineros que en juicio, el cual no ya por falta de fe sino hablando simplemente, tal vez con el vino o por la alegría de la abundancia calentado, había llegado a decir un día a la compañía con quien estaba que tenía un vino tan bueno que de él bebería Cristo. Lo que, siéndole contado al inquisidor y entendiendo éste que sus haberes eran grandes y que tenía bien abultada la bolsa, *cum gladiis et fustibus*[literalmente, "con espadas y palos"] corrió impetuosísimamente a echarle encima una gravísima acusación, entendiendo no que de ella debiese resultar un alivio a la incredulidad del procesado sino una afluencia de florines[moneda de la época] a su mano, como sucedió.

Y, haciéndolo llamar, le preguntó si era verdad lo que le habían dicho contra él. El buen hombre contestó que sí, y le dijo el modo. A lo que el inquisidor santísimo y devoto de San Juan Barba de Oro dijo:

-¿De modo que has hecho a Cristo bebedor y aficionado a los buenos vinos, como si fuese Cinciglione o algún otro de vosotros, bebedores borrachos y tabernarios, y ahora, hablando humildemente, ¿quieres hacer ver que es una cosa sin importancia? No es como te parece; has merecido el fuego por ello, si es que queremos comportarnos contigo como debemos.

Y con estas y con otras bastantes palabras, con rostro amenazador, como si aquél hubiese sido un epicúreo[En filosofía, persona que goza de la vida] negando la eternidad del alma, le hablaba; y, en resumen, tanto lo asustó, que el buen hombre, por algunos intermediarios, le hizo con una buena cantidad de la grasa de San Juan Barba de Oro ungir[untar] las manos (lo que mucho mejora la enfermedad de la pestilente avaricia de los clérigos, y especialmente de los frailes menores que no osan tocar el dinero) para que se condujese con él misericordiosamente. La cual unción, aunque Galeno no habla de ella como muy eficaz en ninguna parte de sus libros, tanto le aprovechó, que el fuego que le amenazaba se permutó en una cruz: y como si hubiera de ir a la expedición de ultramar, para hacer una bella bandera, se la puso amarilla sobre lo negro. Y además de esto, recibidos ya los dineros, le retuvo junto a sí unos días más,



poniéndole por penitencia que todas las mañanas oyese una misa en Santa Cruz y que a la hora de comer se presentase delante de él, y que lo restante del día podía hacer lo que más le gustase.

Y, haciendo el dicho hombre estas cosas diligentemente, sucedió que una de las mañanas oyó en misa un evangelio en el que se cantaban estas palabras: «Recibiréis ciento por uno y recibiréis la vida eterna», que retuvo firmemente en la memoria; y según la obligación impuesta, viniendo a la hora de comer ante el inquisidor, lo encontró almorzando. El inquisidor le preguntó si había oído misa aquella mañana y él, prontamente, le respondió:

-Sí, señor mío.

A lo que el inquisidor dijo:

-¿Has oído, en ella, alguna cosa de la que dudes o quieras preguntarme?

-En verdad -repuso el buen hombre- de nada de lo que he oído dudo, y todo firmemente lo creo verdadero; y algo he oído que me ha hecho y me hace tener de vos y de los otros frailes grandísima compasión, pensando en el mal estado en que vais a estar allá en la otra vida.

Dijo entonces el inquisidor:

-¿Y qué es lo que te ha movido a tener esta compasión de nosotros?

El buen hombre respondió:

-Señor mío, fueron aquellas palabras del Evangelio que dicen: «Recibiréis el ciento por uno».

A lo que el inquisidor dijo:

-Así es; pero ¿por qué te han conmovido estas palabras?

-Señor mío -dijo el buen hombre- yo os lo diré. Desde que vengo aquí, he visto todos los días dar aquí afuera a muchos pobres a veces uno y otras dos calderos de sopa, que se os quita a vos y a los frailes de vuestro convento como superflua; por lo que si por cada uno os van a dar ciento en el más allá tanta tendréis que allí dentro todos vais a ahogaros.

Y como todos los que estaban sentados a la mesa del inquisidor se echaran a reír, el inquisidor, sintiendo que se transparentaba la hipocresía de sus sopicaldos, se enojó todo, y si no fuese porque ya se le reprochaba lo que le había hecho, otra acusación le habría echado encima por lo que con aquel chiste había reprobado a él y a sus holgazanes invitados; y, con ira, le ordenó que hiciese lo que más le gustara sin ponerse más delante.

Giovanni Boccaccio, *El Decamerón*. Jornada primera, Novela sexta

Texto 2

“El cuento del administrador”

En Trumpington, no lejos de Cambridge, serpentea un arroyo cruzado por un puente. A una ribera de esta corriente se yergue un molino en donde -y os estoy contando la verdad- vivió un molinero durante muchos años. Era orgulloso y pagado de sí mismo [\[engreído\]](#) como un pavo real; sabía tocar la gaita, cazar, pescar, remendar las redes, fabricar cazos de madera en un torno y luchar cuerpo a cuerpo. Colgado del cinto llevaba siempre un largo alfanje [\[sable\]](#) de hoja muy afilada, y en su faltriquera guardaba un puñal pequeño, muy bonito, que era un peligro para el que se le acercaba. Además, en sus calzas llevaba oculto un largo puñal de Sheffield. Calvo como el trasero de una mona y con una cara redonda de perro pachón, era la perfecta figura de un matasiete [\[bravucón, matón\]](#) de mercado.

Nadie se atrevía a ponerle un solo dedo encima, pues había jurado que el que se atreviera lo pagaría muy caro. Era, a decir verdad, un bribón muy taimado [\[astuto\]](#). Solía robar trigo y harina. Se le apodaba Fanfarrón Simkin. Tenía esposa de muy buena familia: su padre era el sacerdote de la ciudad, quien para conseguir que Simkin la aceptase había tenido que darle una importante dote. La mujer había sido educada en un colegio de monjas, lo que para Simkin tenía gran importancia, pues, con el fin de mantener su posición de pequeño terrateniente, dijo que no tomaría esposa a menos que ésta estuviera bien educada y fuera virgen. La mujer era orgullosa y lista como una urraca.

Era un espectáculo ver a esta pareja en domingo: él la precedía por la calle con la cabeza cubierta por una caperuza; ella le seguía, con un vestido de color rojo, que hacía juego con las medias de él. Nadie osaba llamarla o dirigírsele sin decirle «Señora», ni a piropearla por la calle, a menos que deseara que Simkin lo degollara con alfanje, cuchillo o daga (los celosos siempre han sido sujetos peligrosos o, por lo menos, esto es lo que pretenden que sus esposas crean). Como que su reputación no era muy clara, la mujer mantenía la gente a distancia (el agua de las acequias hace lo mismo) con altivo desdén. Creía que se le debía respeto, tanto por la familia de la que procedía como por haber sido educada en un colegio de monjas.

Esta pareja había traído al mundo una hija, que frisaba los veinte años; hijo, sólo habían tenido un arrapiezo que todavía estaba en la cuna, pues contaba seis meses. La muchacha estaba bien desarrollada y era algo llenita; tenía una nariz respingona, ojos grises, anchas nalgas, pechos empinados y redondos, y debo reconocer que su cabello era muy hermoso. Como era tan bonita, el sacerdote de la ciudad pensaba nombrarla heredera de la casa y sus tierras y ponía dificultades a que se casara, puesto que quería que hiciera un buen matrimonio con alguien que perteneciese a una digna familia de rancio abolengo [\[estirpe, apellido\]](#). Las riquezas de la Santa Madre Iglesia debían caer en manos de alguien cuya sangre procedía de ella, por lo que él tenía intención de honrar la sangre divina, aunque para ello tuviera que devorar a la Santa Madre Iglesia.

Por cierto, que mucha gente acudía a él con el trigo y la cebada de toda la comarca circundante. En particular, había un gran colegio en Cambridge llamado King's Hall, cuyo trigo y cebada molía. Un día sucedió que su administrador cayó enfermo y pareció que iba a

morir sin remedio. A consecuencia de ello, el molinero empezó a robar cien veces más harina y trigo que antes. Hasta entonces él se había contentado con una discreta expoliación^[robo], pero ahora era ya un ladrón a la descarada. El director se encolerizó y armó un zipizape, pero el molinero no cedió ni un ápice; profirió amenazas y negó la acusación en redondo.

Ahora bien, en el colegio del que hablo había dos jóvenes estudiantes, unos tipos testarudos dispuestos a todo. Simplemente por deseo aventurero, solicitaron del director permiso para ir a ver moler el grano del colegio. Estaban dispuestos a jugarse el cuello a que el molinero no conseguiría robarles, por la fuerza o por fraude, ni media espuerta de trigo. Al final, el director cedió y les dio permiso. Uno de ellos se llamaba Juan; el otro, Alano. Ambos habían nacido en la misma ciudad, un lugar llamado Strotherl, situado muy al norte del país.

Alano cogió todas sus pertenencias y cargó un saco de grano sobre el caballo. Luego, Juan y Alano partieron, cada uno con su buena espada y broquel al cinto. No necesitaron guía, pues Juan conocía el camino. Cuando hubieron llegado al molino, echaron el saco de grano al suelo.

Alano habló en primer lugar:

-¡Ah de la casa! Hola, Simón. ¿Cómo están tu esposa y tu chica?

-Bienvenido, Alano -dijo Simkin-. ¡Por mi vida! ¡Si está aquí Juan también! ¿Cómo os van las cosas? ¿Qué os trae por aquí?

-¡Vive Dios! Nos trae, Simón, la necesidad, que no conoce leyes -dijo Juan-. «Si no tienes sirviente, cuídate a ti mismo o eres un imbécil», como dicen los sabios. Nuestro administrador está a punto de morir de dolor de muelas, y por eso he venido con Alano a que triture nuestro grano para luego llevárnoslo a casa. Espero que te des prisa en despacharnos.

-Ahora mismo lo haré; confiad en mí -dijo Simkin-. Pero ¿qué haréis mientras estoy trabajando?

-Yo me situaré junto a la tolva^[embudo] -le replicó Alano- y miraré cómo entra el grano. En mi vida he visto funcionar esta tolva tuya.

-Hazlo, Juan -repuso Alano-. Yo me pondré debajo para ver cómo la harina cae en esa artesa^[especie de cajón para amasar el pan]. Creo que lo haré bien, puesto que tú y yo somos tan parecidos, Juan. Soy tan mal molinero como tú.

El molinero sonrió para sí y pensó: «Esto es sólo una argucia: creen que nadie puede burlarles; pero, a pesar de su inteligencia y filosofía, a fe de molinero que lograré engañarles. Cuanto más inteligentes sean los trucos que utilicen, más les robaré al final. Incluso llegaré a darles salvado por harina. Como le dijo la yegua al lobo: “los que más saben no son los más listos”. Me río yo de todo lo que han aprendido en los libros.»

Cuando tuvo ocasión, se deslizó silenciosamente por la puerta y buscó el caballo de los estudiantes hasta que lo halló atado a un espeso arbusto detrás del molino. Se dirigió



decididamente hacia la montura y le quitó la brida. Una vez suelto el animal, caminó hacia el pantano en donde había unas yeguas salvajes en libertad, y dando un relincho las persiguió a campo través.

El molinero regresó y no dijo una palabra; prosiguió con su trabajo haciendo broma con los dos estudiantes hasta que todo el grano estuvo totalmente molido. Pero cuando la harina estuvo en el saco y Juan salió y descubrió que el caballo no estaba gritó:

-¡Socorro! ¡Socorro! El caballo se ha escapado. Por el amor de Dios, Alano, muévete. Sal enseguida, hombre. Se nos ha extraviado el palafrén^[caballo] del director.

Alano se olvidó de la harina, del trigo y de todo. La necesidad de no quitar ojo de encima de las cosas se esfumó como por encanto.

-¿Cómo? ¿A dónde ha ido? -gritó.

La mujer del molinero entró corriendo y dijo:

-¡Ay! Vuestro caballo se ha ido con las yeguas salvajes del pantano, galopando tan deprisa como podía. La mano que lo ató era inexperta. Debiste haber hecho un nudo mejor con las riendas.

-¡Ay! -exclamó Juan-. Alano, desenvaina la espada; yo haré lo mismo. Dios sabe que no valgo más que un corzo, pero, ¡vive Dios!, no se escapará a nosotros dos. ¿Por qué no lo pusiste en ese establo? ¡El diablo te lleve, Alano; eres un imbécil!

Y los dos simples salieron corriendo lo más rápidamente posible hacia el pantano. Cuando el molinero observó que se habían ido, tomó dos arrobas de su harina y le dijo a su mujer que con ella hiciese un pastel.

-Te aseguro que voy a dar un susto a esos estudiantes -le espetó-. Un molinero puede chamuscar la barba de un estudiante, a pesar de los libros que hayan leído. Déjales que corran. Contéplales y ve cómo se van. ¡Que jueguen los niños! ¡No van a recuperarlo fácilmente, por mis barbas!

Los pobres estudiantes corrían de acá para allá gritando:

-¡Ojo! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Ahí! ¡Vigila por detrás! Tú le silbas y yo lo agarro.

En pocas palabras, por mucho que lo intentaron, el caballo corría tanto, que no pudieron cogerlo hasta que al anochecer lo acorralaron en una zanja.

Los pobres Juan y Alano regresaron sudados y cansados como el ganado bajo la lluvia. Decía Juan:

-¡Ojalá no hubiera nacido! Hemos sido burlados. Se ha reído de nosotros. Ha robado nuestro grano, y todos nos llamarán tontos: el director, nuestros compañeros y, lo que es peor,

también el molinero.

Así refunfuñaba Juan al caminar hacia el molino llevando a montura de la rienda. Encontraron al molinero sentado junto al fuego. Como era de noche y no podían ir a ningún otro sitio, le rogaron al molinero que, por amor de Dios, les diese comida y albergue a cambio de dinero.

Profirió el molinero:

-Si hay sitio, tendréis vuestra parte; pero ocurre que mi casa es muy pequeña. Ahora bien, como vosotros habéis estudiado, sabréis cómo arreglároselas para convertir un espacio de veinte pies de anchura en una milla. Ahora, veamos si el espacio os conviene. Siempre lo podréis hacer mayor hablando, que es como arregláis las cosas los que sois sabios.

-Oye, Simón -dijo Juan-, aquí nos tienes cogidos. Por San Cuzberto, cómo te burlas de nosotros. Pero muy bien dice el proverbio: «Un hombre solamente podrá tener una de estas dos cosas: o lo que encuentra o lo que trae.» Buen hombre, por favor, acógenos y danos comida y bebida, que te pagaremos a tocateja. No puedes cazar un halcón con las manos vacías. Mira; aquí están nuestras monedas, listas para gastar.

El molinero les asó una oca y mandó a su hija a la ciudad a buscar pan y cerveza; ató su caballo para que no se soltara de nuevo y les preparó una buena cama con sábanas y mantas en su propia habitación, a menos de doce pies de su propio lecho.

Allí cerca, en el mismo aposento, su hija tenía una cama para ella sola. Era aquél el mejor lugar que podían tener, por la simple razón de que no había ningún otro más en la casa donde dormir. Cenaron, charlaron, hicieron jolgorio y bebieron toda la cerveza que les vino en gana, hasta que hacia la medianoche se acostaron.

El molinero se había embriagado a fondo, pero la bebida no le había hecho subir los colores, sino más bien estaba pálido; le sacudía el hipo y hablaba por la nariz como si tuviera asma o un resfriado de cabeza. Se acostó junto con su mujer; ella estaba alegre como un grajo, pues también se había remojado el gaznate. La cuna estaba al pie de la cama para poder mecer al niño o darle de mamar. Cuando hubieron terminado la jarra, la hija se fue directamente al lecho, seguida de Alano y Juan. No quedó ni una gota de vino, y no tuvieron necesidad de ninguna poción para dormir. El molinero la había cogido de órdago, pues roncó como un caballo mientras dormía, dando ruidosos graznidos después de cada ronquido; pronto su mujer lo acompañó en el coro, metiendo más ruido que él, si cabe. Se les podía oír roncar a medio kilómetro de distancia. Para no dejarles solos, la hija también roncaba a placer.

Después de escuchar esta sonora melodía, Alano dio un codazo a Juan y le dijo:

-¿Estás dormido? ¿Oíste alguna vez graznidos semejantes? ¡Vaya concierto! Así les dé sarna. Es la cosa más horrible que he escuchado jamás. Y esto va de mal en peor. Ya veo que no pegaré ojo en lo que queda de noche; pero no importa, todo será para bien, pues te aseguro, Juan, que intentaré trabajar esa chica si puedo. La ley nos permite alguna compensación, Juan, pues hay una ley que dice que si un hombre es perjudicado de alguna forma, debe ser compensado de otra. No hay quien niegue que nos robaron el grano. Hemos tenido mala

suerte todo el día; pero como sea que no da satisfacción por la pérdida que he tenido, me tomaré la compensación. ¡Por Dios que va a ser así!

-Mira lo que haces, Alano -repuso Juan-. Ese molinero es un tipo de cuidado, y si despierta de repente, puede darnos un disgusto.

-Una pulga me da más miedo que él -repuso Alano, quien se levantó y se deslizó hasta donde se hallaba la chica, que estaba profundamente dormida panza arriba, pero cuando lo vio, estaba tan cerca que era ya tarde para gritar. En otras palabras, que pronto llegaron a un acuerdo. Pero dejemos a Alano divirtiéndose y hablemos de Juan.

Juan se quedó donde estaba unos cuantos minutos y empezó a lamentarse.

-¡No le veo la diversión! -se dijo-. Solamente puedo decir que me han tomado el pelo a fondo sin que, como mi compañero, obtenga algo a cambio. Él, por lo menos, tiene a la hija del molinero en sus brazos. Ha probado fortuna y le ha salido bien, mientras yo sigo aquí acostado como un saco de patatas. Y cuando se cuente esta aventura algún día, parecerá que he estado haciendo el imbécil. Me acercaré a tomar fortuna y ¡que pase lo que Dios quiera!, como suele decirse.

Por lo que se levantó y, sin hacer ruido, se acercó a la cuna, la cogió y sigilosamente la llevó al pie de su propia cama. Poco después, la mujer del molinero dejó de roncar y se despertó. Se fue a orinar, regresó y no encontró la cuna. En la oscuridad buscó a tientas aquí y allá, pero no la pudo localizar. «¡Dios mío! -pensó-. Por poco me equivoco y me meto en la cama de los estudiantes. Dios me proteja, pues me habría encontrado con un buen lío.»

Y siguió buscando hasta que localizó la cuna.

Entonces siguió tocando los objetos con las manos a tientas hasta que encontró la cama, pensando que era la suya, pues la cuna estaba junto a ella. No sabiendo exactamente dónde estaba, se introdujo en el lecho del estudiante. Se quedó quieta y se hubiese dormido si Juan, cobrando vida, no se hubiera echado encima de la buena mujer. Ésta pasó el mejor rato que había gozado en años, pues él la trajinó como un loco, entrando con fuerza. Así fue cómo los dos estudiantes lo pasaron tan ricamente hasta bien avanzado el alba.

Por la mañana, Alano empezó a cansarse de tanto trabajo nocturno y susurró:

-Adiós, dulce Molly; ya llega el día; no me puedo quedar más. Pero, por mi vida, que mientras viva y respire seré tu hombre, dondequiera que esté.

-Entonces ve, cariño, y adiós -dijo ella-; pero te diré una cosa antes de irte: cuando os marchéis a casa, al pasar frente al molino, detrás de la puerta encontraréis un pastel hecho con dos arrobas de vuestra harina, que ayudé a mi padre a robar. ¡Que Dios te bendiga y te proteja, cariño!

Y al decir esto casi se puso a llorar.

Alano se levantó y pensó: «Me deslizaré dentro de la cama de mi amigo antes de que rompa

el día.» Pero su mano tropezó con la cuna y pensó: «Dios mío, sí que estoy errado^[equivocado]. Mi cabeza me da vueltas después del trabajo de esta noche, y por esto no sé caminar recto. Por la cuna, veo que me he equivocado de ruta. Aquí duermen el molinero y su mujer.»

Así quiso el diablo que el estudiante se metiera en la cama en la que dormía el molinero. Pensando que se metía al lado de su amigo Juan, se colocó al lado del molinero, le echó el brazo alrededor del cuello y dijo en voz baja:

-Tú, Juan, imbécil, despierta, por Dios, y escucha, ¡por Santiago! Esta noche he jodido a la hija del molinero tres veces, mientras tú has estado aquí hecho un flan, temblando de frío.

-¿Qué has hecho, bandido? -gritó el molinero-. ¡Por Dios que voy a matarte, mequetrefe, traidor! ¿Cómo te atreves a deshonorar a mi hija, ella que es de cuna tan noble?

Y agarró a Alano por la nuez, quien a su vez se revolvió y le dio un puñetazo en la nariz. Un chorro de sangre le bajó por el pecho, y los dos se revolcaron por el suelo como dos cerdos en la pocilga, sangrando por la boca y la nariz, y se atizaron de lo lindo hasta que el molinero tropezó con una piedra y cayó de espaldas sobre su mujer, que no se había enterado de esta tonta pelea. Acababa de dormirse en los brazos de Juan, que la había retenido toda la noche, pero la caída la despertó sobresaltándola.

-¡Socorro, Santa Cruz de Bromeholme!-exclamó-. A tus manos me encomiendo, señor. ¡Despierta, Simón! Tengo un diablo encima. Mi corazón estalla. ¡Ayúdame, que me muero! Tengo a alguien sobre mi estómago y sobre mi cabeza. ¡Ayúdame, Simkin! Estos malditos muchachos están peleándose.

Juan saltó de la cama lo más deprisa posible que pudo y, a tientas, buscó un palo por la pared. La mujer del molinero se levantó también y, conociendo la habitación mejor que Juan, pronto encontró uno apoyado junto a la pared. Por la débil luz que daba la resplandeciente luna al filtrarse por la rendija de la puerta distinguió a la pareja que estaba luchando, pero sin poder saber quién era quién, hasta que su vista distinguió algo blanco. Suponiendo que eso blanco era el gorro de dormir de uno de los estudiantes, se acercó con el palo con la intención de darle un buen estacazo a Alano, pero le dio a su marido en plena calva, que cayó al suelo dando voces.

-¡Socorro, me han matado!

Los estudiantes le dieron una buena paliza y lo dejaron tendido en el suelo. Entonces se vistieron, recogieron su caballo y la harina y se fueron, no sin antes detenerse en el molino para recobrar el pastel hecho con sus dos arrobas de harina.

De esta manera el fanfarrón molinero recibió una buena paliza, perdió su paga por moler el grano y tuvo que apoquinar todo lo que había costado la cena de Alano y Juan y acabó cornudo y apaleado. Le jodieron a la mujer y a la hija. Este es el pago que recibió por ser molinero y ladrón. Ya dice bien el proverbio: «Quien a hierro mata, a hierro muere.» Los timadores, al final, acaban siendo ellos mismos timados. Y Dios, que se halla con toda su majestad en la gloria, bendiga a todos los que me han escuchado. Así he correspondido yo al

molinero con mi cuento.

Geoffrey Chaucer, *Cuentos de Canterbury*

Texto 3

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Gargantúa entraba en el salón del banquete. Todos se pusieron de pie para rendirle pleitesía. Una vez que hubo saludado con su característica amabilidad a todos los concurrentes, Pantagruel le relató que se hallaban tratando una cuestión planteada por Panurgo: la de saber si se debía casar o no y que tanto el padre Hipotadeo como el maestro Rondibilis habían evacuado ya sus respuestas. En el momento en que él entraba respondía el fiel Trouillogan, quien, cuando Panurgo le había preguntado: “¿Debo casarme o no?”, respondió: “Las dos cosas a un tiempo” y al preguntárselo por segunda vez: “Ni lo uno ni lo otro”. Panurgo se hallaba confuso ante tan contradictorias respuestas y aseguraba que no entendía su finalidad.

—Me parece —dijo Gargantúa— que yo sí la entiendo. Tal respuesta es parecida a la de un anciano filósofo, quien, interrogado sobre si tenía alguna mujer, contestó: “La tengo, pero no me tiene. La poseo, pero no me posee”.

—Tal respuesta recuerda —agregó Pantagruel— la que cierta espartana caprichosa dio cuando la preguntaron si alguna vez había hecho algo con un hombre, pues contestó que nunca, pero que eran varios los hombres que habían hecho algo con ella.

—Será bueno, entonces— agregó Rondibilis— que mantengamos nuestra neutralidad en medicina y el término medio en filosofía, por participación de una y otra extremidad, por abnegación de ambas y mediante la división del tiempo dedicado tanto a la una como a la otra.

—Estimo —dijo Hipotadeo— que lo declaró mucho más claramente el Santo Enviado cuando dijo: “que los casados sean como no casados y los que tienen mujer, como si no la tuvieran”.

—Interpreto lo de tener y no tener mujer —concluyó Pantagruel— en el sentido de que tenerla es utilizarla para el uso a que la naturaleza la dedicó, es decir, para la ayuda, compañía y esparcimiento del hombre. El no tener mujer es tanto como caer en la molicie, no contaminar ese sublime afecto que el hombre debe a su Creador, renunciar a las obligaciones que por la ley natural debe el hombre a su patria, a la comunidad, a sus amigos y dejar en estado de abandono sus negocios por el afán inusitado de contentar siempre a la mujer. Aceptando esta interpretación, no me parece que resulten antagónicos ni contradictorios los términos de tener y no tener mujer al mismo tiempo.

François Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel*, cap. VIII

Texto 4

El señor de Nemours sufría mucho por no haber vuelto a ver a la señora de Clèves desde aquella tarde que pasó tan agradablemente con ella, y que había hecho aumentar sus esperanzas. Tenía una impaciencia por volver a verla que no le daba descanso, de modo que, cuando el rey regresó a París, resolvió ir a casa de su hermana, la duquesa de Mercoeur, que estaba en el campo, bastante cerca de Colomirs [...]

Encontró al final de aquellos caminos un pabellón [...]. Entró al pabellón, y se hubiera puesto a contemplar su belleza, si no hubiese visto llegar por aquella avenida del parque al señor y a la señora de Clèves, acompañados de gran número de sirvientes. Como no contaba encontrarse con el señor de Clèves, a quien había dejado junto al rey, su primer impulso fue ocultarse; entró en el gabinete que daba al jardín, con la idea de salir por una puerta que estaba abierta sobre el bosque; pero, viendo que la señora de Clèves y su marido se habían sentado bajo el pabellón, no pudo resistir al placer de verla ni a la curiosidad de oír la conversación que sostenía con un marido que le daba más celos que todos sus rivales. Oyó que el señor de Clèves le decía a su mujer: «¿Pero por qué no queréis volver a París? ¿Qué os puede retener en el campo? Tenéis, desde hace algún tiempo, un amor a la soledad que me sorprende, y que me aflige porque nos separa. Os noto, además, más triste que de costumbre y temo que tengáis algún motivo de aflicción.

-No tengo nada que me apene -le respondió ella, con expresión confusa; -pero el tumulto de la Corte es tan grande, y hay siempre tanta gente junto a vos, que es imposible que el cuerpo y el espíritu no se fatiguen y no se busque el reposo.

-El reposo -le replicó él, -no es propio para una persona de vuestra edad. Estáis en la Corte y en vuestra casa en una forma que no puede cansaros, y más bien temo que lo que deseáis es estar separada de mí.

-Me haríais una gran injusticia al pensar así -le replicó ella con una confusión que iba en aumento; -pero os suplico que me dejáis aquí. Si vos quisierais quedaros me daríais gran alegría, con tal de que os quedarais solo y sin ese número infinito de personas que no se os separan casi nunca.

-¡Oh! Señora -exclamó el señor de Clèves, -vuestra expresión y vuestras palabras me demuestran que tenéis razones, que ignoro, para desear estar sola, y os ruego que me las digáis.

La instó largo rato para que se las dijera, sin conseguir que accediera; y después que se hubo resistido de una manera que aumentaba aún más la curiosidad del marido, permaneció en un profundo silencio, la vista baja; luego, de pronto, tomando la palabra y mirándole: «No me obliguéis -le dijo, -a confesaros una cosa que no me atrevo a deciros, aunque varias veces haya tenido este propósito. Pensad solamente que una mujer de mi edad y dueña de su conducta, está expuesta en medio de la Corte.

-¡Qué me queréis dar a entender, señora -exclamó el señor de Clèves; -no me atreveré a



decíroslo por temor de ofenderos!»

La señora de Clèves no respondió, y su silencio acabó de confirmar a su marido en lo que había pensado.

-No me contestáis nada -repuso, -y eso es decirme que no me equivoco.

-Pues bien, señor -le respondió ella postrándose de rodillas, -voy a haceros una confesión que jamás se ha hecho a un marido; pero la inocencia de mi conducta y de mis intenciones me dan fuerzas para ello. Es cierto que tengo razones para alejarme de la Corte, y que quiero evitar los peligros en que a veces se encuentran las personas de mi edad. Jamás he dado una prueba de debilidad, y no temería darla nunca, si me permitierais retirarme de la Corte, o si aún contara con la señora de Chartres para ayudarme a conducirme. Por peligrosa que sea la resolución que adopto, la tomo con alegría para conservarme digna de ser vuestra esposa. Os pido mil perdones si abrigo sentimientos que os desagradan, pero al menos no os desagradaré nunca con mis actos. Pensad que para hacer lo que hago, es preciso tener por un marido más amistad y estima de las que se han visto nunca. Guiadme, tened piedad de mí, y amadme aún si lo podéis.

El señor de Clèves había permanecido, mientras su mujer le decía aquellas palabras, con la cabeza apoyada en las manos, fuera de sí, y no había pensado siquiera en hacerla alzar.

Cuando ella cesó de hablar y la miró y la vio a sus pies, la cara cubierta de lágrimas y de una belleza tan admirable, pensó morir de dolor y al hacerla erguir la besó.

-Tened piedad vos misma de mí, señora; soy digno de ella, y perdonadme si en los primeros momentos de una aflicción tan honda como es la mía, no respondo como debo a una actitud como la vuestra. Me parecéis más digna de estima y de admiración que todas las mujeres que han existido en el mundo; pero también me siento el más desdichado de los hombres.

Madame de La Fayette, *La princesa de Clèves*